

EL "DESARROLLISMO"

Por BERNARDO GARCIA

"Adivina, si puedes;
escoge, si te atreves".
Corneille. (*Heraclius*).

Si echamos una mirada panorámica a la literatura sobre el cambio social, lo primero que nos sorprende es la abundancia de las publicaciones económicas. La bibliografía es aplastante. Los modelos y las teorías económicas agotan todas las combinaciones posibles de las variables consideradas en el subdesarrollo y el desarrollo económico.

No obstante, es cada vez más grande el malestar que se experimenta entre los economistas. Pese al número de teorías concebidas, las economías subdesarrolladas continúan en el impasse. El imperio del economicismo se encuentra embotellado en las más refinadas esferas bizantinas, pero sin capacidad de operar con eficiencia.

Los estudiantes aprenden a repetir *caeteris paribus* (suponiendo que todas las demás variables sociales son constantes, que no cambian), hasta llegar a la conclusión de que si las demás cosas no cambian, la economía tampoco se altera.

Esta es la primera base fundamental del "Desarrollismo". Quizás mucho más que Marx, los economistas del desarrollo están convencidos de que si la infraestructura económica cambia, las estructuras sociales se transforman y los centros de poder se desplazan. Es así como las teorías de los polos económico-técnicos de desarrollo (Perroux y Hirschman) inspiran las más sólidas esperanzas en los economistas del desarrollo por programas y por proyectos específicos.

La planificación, es la segunda base, que se ha convertido en el *Deus ex machina* por excelencia. La planificación como una técnica neutra y abstracta. Esta planificación pura no tiene exigencias socio-políticas para que exprese una nueva racionalidad dinámica. Esta planificación es función del sistema establecido. Hay

tantos tipos de planificación cuantos regímenes existen. Es decir que se trata de un concepto indeterminado, a definir en cada país y en cada situación. La única característica que mantiene en pie este concepto es el de "racionamiento".

Es decisivo para el desarrollismo identificar sistemáticamente racionabilidad con racionamiento. En el momento en que se distinga "el hábito de las amas de casa" de "planificar" sus gastos del sistema como las amas de casa perciben sus ingresos, de la lógica con que deciden consumir o ahorrar, y de las razones y metas en función de las cuales se gasta, la ambigüedad se revienta estrepitosamente.

Más aún, entre la "micro" y la "macro" se abre una tercera brecha de orden estructural que los economistas dejan en la sombra y los sociólogos recuperan muy a medias. La oferta de cada empresa se organiza en función de los costos y de la demanda solvente. La demanda agregada se analiza en función del nivel de ingresos, de los gastos, del empuje de la inversión. No obstante, la oferta está dominada en última instancia por las tasas de ganancia y la demanda por la distribución de los ingresos.

Si aceptamos, aunque sea por vía de hipótesis, estas dos palancas claves, llegamos a la conclusión de que a una estructura dada de las tasas de ganancias corresponde una estructura de los sectores y ramas de producción y de la inversión. Por otra parte, a una distribución determinada del ingreso corresponde una estructura determinada del gasto o de la demanda. Pero destapar —aunque sea tentativamente— esta relación, implica una política que actúe sobre los tipos de rentabilidad existente y sobre la distribución del ingreso. Cabe decir, en otras palabras, remover el *statu quo social* reinante. Pero como se pregunta J. Billy, ¿es posible que quienes son los centros de decisión tomen medidas de política económica que remuevan las bases mismas sobre las cuales se construye su poder?

Aunque estas tres características básicas del desarrollismo —poder de la infraestructura económica, planificación como sistema indeterminado y ausencia del análisis estructural— no sean exhaustivas, sin embargo nos parecen suficientes para ver sus implicaciones:

1. Las estructuras socio-políticas fundamentales permanecen incuestionables. En la misma estructura docente universitaria, la ciencia política y la sociología o brillan por su ausencia o por su análisis intrascendente frente al subdesarrollo y al cambio. El marxismo, muy paradójicamente, puesto que tiene bases analíticas fundamentales en un cierto monismo económico, tiene el monopolio de una teoría del cambio con bases socio-políticas claras y explícitas. En esta situación el análisis socio-político en Colombia es asunto de policía.

2. Las plataformas socio-económicas de transformación lanzadas con el vigor que contienen ciertas palabras-fuerza: planificación, reforma agraria, reforma urbana, control del capital extranjero y de cambios... tienen a la poste efectos insignificantes. Estos conceptos impresionantes como una montaña, se han vuelto tan indeterminados que bien pueden parir un ratón (como dice La Fontaine), sin que la gente deje de cifrar en ellos la esperanza de que produzcan algún día una revolución tranquila y pacífica. Vivimos bajo la "tiranía de las palabras" huecas e indeterminadas que no están inscritas en un sistema, ni una estrategia coherente de desarrollo sino en un "*posibilismo*" político pendiente de la oportunidad.

3. En fin, la falta de un análisis estructural hace creer a los economistas que los mecanismos funcionan. En ese momento, la distribución del ingreso es asunto de curas desorientados y la estructura subdesarrollada de la producción es simple ausencia de prometeos-empresarios. Con este simplismo, la economía no es

capaz de utilizar con eficiencia los instrumentos técnicos "micro-macro" y se queda patinando en puros ejercicios de agilidad mental.

Sin duda alguna que este desarrollismo o economicismo fácil es una de las causas fundamentales por las cuales la universidad tenga que acantonarse sólo a producir profesionales y técnicos.

No es extraño pues que los planteamientos y los hombres salidos de la universidad no alcancen a consolidarse en tal forma que remuevan las estructuras socio-políticas que conforman el sub-desarrollo mismo.